

que finalmente estalló en Navarra y que, milagrosamente, no causó ninguna víctima mortal.

IGNACIO URÍA MENDIZÁBAL

3 de diciembre de 2008. Azpettia (Guipúzcoa). Propietario de empresa constructora de las obras del Tren de Alta Velocidad (TAV) vasco.

El empresario Ignacio Uría Mendizábal, de setenta años, casado y padre de cinco hijos, fue asesinado cuando se dirigía desde su domicilio al establecimiento en el que a diario echaba su partida de tute con los amigos. Tras aparcar el coche a escasa distancia del restaurante Kiruri, dos terroristas le acribillaron a balazos. Durante cincuenta minutos, los servicios sanitarios intentaron reanimarle sin éxito. Algunos de los vecinos que durante este tiempo presenciaron la agonía de Ignacio también tuvieron que ser atendidos.

Al día siguiente del asesinato, la primera página del diario *El Mundo* mostraba dos fotografías. En una de ellas podía verse a miembros de la Policía Científica junto al cadáver del empresario que acababa de ser asesinado. En la otra instantánea, tomada pocas horas después, los compañeros de la víctima jugaban su habitual partida de cartas a unos metros de donde había sido asesinado Ignacio. La crónica del diario decía así:

La cuadrilla no perdonó la partida de tute de ayer. Dos balas impidieron que Ignacio, el más puntual de todos, se acomodara en su silla frente a la ventana y pidiese su café y su farías. «Nunca traía mechero, así que si querías jugar con él tenías que traer fuego», comenta uno de sus habituales en una pausa. La cafetería Uranga se encuentra a 200 metros del lugar elegido por los asesinos para acabar con la vida de Ignacio, y ayer sus parroquianos continuaron con su rutina, con la única diferencia de que otro ocupó el lugar del asesinado.

Y añadía:

«Hoy hemos empezado a jugar a las cuatro y media; antes hemos estado hablando de todo lo que ha pasado, comenta otro con las cartas en la mano, que previamente señalaba la silla donde se solía sentar

el ausente. Será el miedo o será el manto de normalidad que cubre todo lo que termina por convertirse en habitual a fuerza de repetirse, pero ni siquiera sus compañeros de baraja se plantean los últimos porqués de la muerte de su amigo. Le recuerdan como si la muerte le hubiese sobrevenido por una catástrofe natural, o un fatal quiebro del destino. Fuera, los servicios de limpieza terminan de arrancar con una manguera a presión los rastros de sangre que la lluvia no ha conseguido diluir a lo largo del día [...]. En la televisión de plasma de una esquina —única concesión tecnológica del local—, el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, gesticula con semblante serio. El volumen está al mínimo y nadie le presta atención. Todos saben de sobra lo que ha ocurrido, pero no tienen ninguna intención de hablar de ello».

En esa misma crónica, uno de los parroquianos del local describió a la víctima como un hombre «sano, sin maldad, pero con carácter». Otro señaló: «Siempre decía que mientras estuviera bien no iba a dejar de ir a la oficina, y mira si lo ha cumplido». Los medios de comunicación destacaron el estremecedor lamento de la viuda de Ignacio Uría poco después del crimen: «¿Por qué ETA no me ha matado a mí?».

El asesinato se produjo después de que, desde las 9:30 horas, los terroristas mantuvieran retenido al propietario del Alfa Romeo que utilizaron para dirigirse hasta el lugar del crimen. Durante todo ese tiempo un terrorista vigiló al dueño del vehículo, que permaneció maniatado a un árbol en el Alto de Itziar, en Deba, a unos veinticinco kilómetros de Azpeitia.

Ignacio Uría Mendizábal, incansable trabajador durante toda su vida, era el propietario de una empresa familiar que había heredado de su padre. Junto a sus hijos y sobrinos se ocupaba de una constructora que daba empleo a unos cuatrocientos trabajadores. Cada mañana visitaba las obras que en Guipúzcoa y Álava tenían adjudicadas. Algunos de sus trabajadores le recordaban como «el mejor jefe que se puede tener». En el diario *El Correo*, uno de ellos, Sebastián Larrañaga, empleado de la empresa desde hacía veintisiete años, hablaba de la víctima como «un hombre del pueblo, trabajador y que se preocupaba por los suyos». Otro de los trabajadores manifestaba: «Era muy buena persona. Ha dado trabajo a mucha gente de aquí y así se lo pagan». Aitor Korta

tenía estas palabras sobre el responsable de Altuna y Uría: «Era nuestro jefe pero, en realidad, era como un trabajador más. Podías hablar con él como si lo hicieras con cualquier otra persona. Te trataba siempre de tú a tú».

El comité de empresa no logró que la condena del asesinato fuera unánime. De los diez miembros, solo los siete del sindicato nacionalista ELA (Euskal Langileen Alkartasuna) rechazaron el crimen. Los tres miembros de LAB (Langile Agertzaleen Batzordeak) no apoyaron la condena. Un día después, cientos de trabajadores se congregaron frente a la sede de la empresa en Azpeitia bajo una pancarta de ELA que rezaba en euskera: «Porque somos nacionalistas y trabajadores, no estamos de acuerdo».

Luis Mendizábal, primo del asesinado, recordaba así a Ignacio en un artículo publicado en el diario *El Correo* un día después del atentado:

Mi primo Inaxio era uno de esos familiares con los que te gustaba encontrarte y charlar un rato porque siempre te contagiaba su alegría y buen humor. Su rechoncha cara sonreía siempre, con ese toque pícaro que es bastante común entre muchos baserritarras y especialmente en la familia Uría. Todos, los primos y quienes le trataron, le queríamos por su buen carácter y sencillez como persona. Inaxio era el segundo de los nueve hijos de Alejandro y de Mari, baserritarras de Loiola que dieron el salto del caserío a la construcción hace más de cincuenta años. El tío Alejandro era un hombre duro, enérgico y trabajador. Trabajo y más trabajo, *lana eta lana*, no había otro destino para aquellas personas que en el siglo pasado fueron capaces de dar un salto cualitativo tan fuerte como era pasar del mundo rural y baserritarra a la nueva sociedad industrial.

En ese mismo artículo, su primo Luis, periodista de la televisión vasca ETB, añadía:

Dicen que ha podido ser ETA quien le ha asesinado por trabajar en la construcción del Tren de Alta Velocidad. No lo sé. Yo, personalmente, estoy en contra de este modelo de tren que atraviesa nuestro país sin estaciones intermedias donde debería recoger a los numerosos viajeros que circulan por la poblada red urbana de nuestros pueblos y

comarcas, no solo a los que van de una capital a otra. Pero, ¿qué tiene que ver ese debate con mi primo Inaxio, con quien ya no podré volver a alegrarme al verle?

El asesinato de Ignacio Uría Mendizábal suponía la brutal culminación de las amenazas que la organización terrorista había lanzado contra las empresas participantes en la construcción de la línea de alta velocidad. Desde marzo de 2007, se habían sucedido los atentados contra personas y bienes de las empresas que participaban en el más importante proyecto económico de la región. La banda había identificado a la denominada «Y vasca» como uno de sus objetivos. No era la primera vez que la organización terrorista intentaba alterar un proyecto de gran relevancia para el País Vasco: ya había hecho lo propio mediante campañas de atentados contra la central nuclear de Lemóniz y la autovía de Leizarán.

En el momento del crimen, la localidad guipuzcoana de catorce mil habitantes estaba gobernada por Acción Nacionalista Vasca (ANV), organización ilegalizada en 2008 por su vinculación con ETA. Olatz Uría, una de las hermanas del fallecido, resumía para la prensa el sentimiento encontrado de su familia hacia los vecinos de un pueblo gobernado por una formación ilegalizada por su vinculación con la banda terrorista ETA: «En el pueblo nos quieren mucho... algunos».

En la Nochebuena de ese mismo año, tan solo unas semanas después del asesinato de Ignacio Uría, su familia hizo público un comunicado en el que se señalaba lo siguiente:

Inaxio amaba a Euskal Herria. Él se sentía vasco y nacionalista y así nos lo manifestaba. Pero, al parecer, eso no le era suficiente para poder vivir en libertad en su tierra [...]. Los mismos que dicen que están en contra de las imposiciones que sufre Euskal Herria le han quitado a nuestro marido y padre su derecho a vivir con dos cobardes disparos. ¿Cómo se puede estar en contra de las imposiciones y luego imponer una muerte que no tiene vuelta atrás? ¿No es esta una clara muestra de hipocresía? ¿Es esta la Euskal Herria que queremos los vascos? [...]. ETA, ¿por qué, para qué y en nombre de quién habéis asesinado a Inaxio? ¿Es así como vais a liberar a Euskal Herria? ¿Echando piedras contra nuestro propio tejado? [...]. El pueblo vas-

co ya ha sufrido con anterioridad la cruel represión fascista y ahora ETA está haciendo lo mismo [...]. Es muy grave que maten de dos disparos a un hijo de tu pueblo y no seas capaz ni de condenarlo [...], que no sigan tratando de justificar lo injustificable en nombre de la libertad de nuestro pueblo.